

La dignidad epistémica de la anécdota

Josu Landa

Hans Blumenberg, *La risa de la muchacha tracia. Una protohistoria de la teoría*. Trad. de Teresa Rocha e Isidoro Reguera. Valencia, Pre-textos, 2000.

Justo al final de su *Filosofía de la expresión*, Giorgio Colli inserta una irreverente serie de preguntas sobre la filosofía y los filósofos. La última de ellas es: “¿Finalmente tan sólo nos queda la risa?” Colli la responde —de manera “convenientemente ambigua”, como advierte él mismo— en tres líneas: “Sí, pero la risa es un espasmo expresivo. Los dados ya han sido tirados y todavía giran; sin embargo, cuando se detengan, mostrarán algo que no es un juego”.¹ Hans Blumenberg (1920-1996) parece coincidir en algo con la rotunda afirmación que Colli hace al principio de su respuesta, a resultas de una “protohistoria” de la filosofía, que le orilla a tomar el sentido actual y el porvenir de la teoría —término de alcance más amplio que el de *filosofía*— con una inquietante y saludable dosis de escepticismo.

Como advierte Carlos García Gual, hay una llamativa unanimidad en las fuentes antiguas sobre que Tales de Mileto fue el principal de los Siete Sabios y el primero de los filósofos.² Sobre todo este último hecho le ha asegurado un pedestal indisputado en la historia del pensamiento en Occidente; sin embargo, la buena fama del fundador de la Escuela Milesia se nutre también de otros méritos. En opinión de Cappelletti,

Tales fue célebre ya en la antigüedad como astrónomo y matemático [...] Sus conocimientos astronómicos le permitieron predecir un eclipse de sol y formular una primera explicación de dicho fenómeno. Se le atribuyen también la determinación del año solar como equivalente a 365 días, la demostración de que, cuando en un círculo se circunscriben

¹ Giorgio Colli, *Filosofía de la expresión*. Trad. de Miguel Morey. Madrid, Siruela, 1996.

² Cf. Carlos García Gual, *Los Siete Sabios (y tres más)*. Madrid, Alianza, 1989, p. 49. (El Libro de Bolsillo)

triángulos, éstos son rectángulos; y el estudio de las propiedades de los triángulos escalenos.³

Por si fuera poco, en su *Comentario a Euclides*, Proclo atribuye a Tales otros descubrimientos geométricos: la igualdad entre los ángulos de la base de un triángulo isósceles, la igualdad entre los ángulos que se oponen al vértice, la igualdad de los triángulos que tienen un ángulo y dos lados iguales. Plutarco y Plinio le asignan la paternidad del arte de medir la altura de las pirámides a partir de la sombra que proyectan. Aecio lo reconoce como el primero en sostener que la luna recibía su luz del sol. Según Diógenes Laercio, fue quien desvió el curso del río Halis.⁴ Nada de lo dicho fue óbice, por lo demás, para que Tales tuviera una participación política destacada, cuyo momento más memorable parece haberse dado cuando propone formar un estado federado jonio, con capital en la isla de Teos, para enfrentar mejor la persistente amenaza persa.⁵

Pero no son estos datos del sorprendente currículum de Tales los que más le interesan a Blumenberg, a la hora de emprender su muy sugerente “proto-historia”. Tanto como a sus aportaciones al proceso de formación de un discurso racional, a la ciencia, a la técnica y a la política, Tales debe su renombre a dos anécdotas muy conocidas: la del sabio que una noche en que se aplica a estudiar los astros cae en un pozo, ante la risa burlona de su criada tracia, y la que refiere a ese mismo sabio como “el inventor del monopolio en la molinenda de aceituna”,⁶ en la sintética y precisa expresión de García Gual. La primera de dichas anécdotas pasa a la tradición por medio del *Teeteto* de Platón, quien —tal como lo muestra Blumenberg (pp. 22 y ss.)— ejecuta así una eficaz trasposición de una fábula de Esopo a la historia de la filosofía. La segunda fue dada a conocer por primera vez en la *Política*, de Aristóteles.

Como observa con justeza García Gual —siguiendo en esto a Guthrie— se trata de anécdotas “contrapuestas”,⁷ que trazan la figura de un personaje contradictorio; pues, por una parte, Tales aparece como el típico pensador o sabio desinteresado en lo mundano y cotidiano por concentrarse hasta el arrobo en realidades “lejanas”, mientras, por la otra, demuestra una pericia sobresaliente en urdir una pingüe maniobra financiera, justo a partir de sus conocimientos astronómicos y meteorológicos.

³ Ángel J. Cappelletti, *Inicios de la filosofía griega*. Caracas, Magisterio, 1972, p. 63.

⁴ Datos registrados por Á. J. Cappelletti, *op. cit.*, *passim*, pp. 63, 64 y 66.

⁵ Cf. C. García Gual, *op. cit.*, p. 59.

⁶ *Ibid.*, p. 58.

⁷ *Ibid.*, p. 56.

Es fácil inferir, desde el título mismo de su libro, que Blumenberg repara con mucho más énfasis en la primera de las mencionadas “historias”, aunque la segunda no escape por completo del agudísimo ojo crítico de este eminente (e inclasificable) historiador alemán de la “razón simbólica”. Las versiones castellanas de dos de sus libros —*La inquietud que atraviesa el río. Un ensayo sobre la metáfora* (Península, 1992) y *Naufragio con espectador. Paradigma de una metáfora de la existencia* (Visor, 1995)— han contribuido decisivamente a la promoción de los laboriosos estudios de Blumenberg en ciertos medios filosóficos e intelectuales. La reciente aparición en español de *La risa de la muchacha tracia* y de *Las realidades en que vivimos* (Paidós-UAB, 1999) fortalece su presencia en dichos medios; pero no debe olvidarse que todavía permanecen sin traducir obras suyas de mayor calado, como *Die Genesis der kopernikanischen Welt*, *Die Legitimität der Neuzeit*, *Arbeit am Mythos* y *Die Lesbarkeit der Welt*. En mayor o menor grado, en todas ellas, Blumenberg hace una lectura de esas “lecturas del mundo” que, a su modo, son las metáforas, los mitos, las anécdotas y otros avatares de la representación.

En el caso de *La risa de la muchacha tracia*, Blumenberg estudia con minuciosidad la trayectoria de la recepción de una anécdota, no las repercusiones teóricas de una metáfora ni el peso que alguna de sus expresiones pudiera tener en determinado orden de representaciones (ciencias y artes) o de mentalidades. En *Naufragio con espectador*, el “personaje” de múltiples máscaras que ocupa el escenario del discurso, en exclusividad, es la figuración del sabio que, desde su privilegiada atalaya en la tierra firme de su *ethos*, observa impertérrito la atribulada situación de quienes zozobran en el proceloso mar de sus pasiones —los ignorantes, los que carecen de sabiduría práctica— y puede apreciar, así, la valía de sus virtudes y la solidez moral de su forma de vida. Por su parte, en libros como *La inquietud que cruza el río*, el autor dirige su atención tanto a metáforas de especial carga significativa como a deliciosas anécdotas que delatan, sin que nadie se lo proponga, complejas visiones del mundo. Ahora bien, en el libro que aquí se comenta, Blumenberg opta por detenerse con fecunda morosidad en la anécdota de la caída de Tales y la reacción de su sirvienta ante tal hecho. Ciertamente, esa elección confirma al crítico alemán como un gran escoliasta, más allá de su meritorio trabajo como excavador de zonas inmensas de la mejor producción simbólica conocida en Occidente; pero, sobre todo, dice mucho sobre el método a que recurre Blumenberg cuando se propone elaborar la ya referida protohistoria de la teoría.

Ni el lenguaje ordinario ni la crítica literaria ni, menos aún, el discurso epistemológico reconocen mucha dignidad a la anécdota. Normalmente, se entiende por tal, una relación sencilla, una mini-historia, que da cuenta de algún suceso curioso, cuando no hilarante y hasta ridículo. En su célebre *Dic-*

cionario de sinónimos, Roque Barcia precisa que “anécdota” proviene de *anékdotos*, palabra que refiere “cosa no dada a luz, reservada, secreta” y, por lo mismo, inédita. Se le escapa al filólogo el hecho de que la condición inédita de la anécdota tiene que ver con la insignificancia que se le atribuye, aunque acierte al señalar que ésta “tiene algo de historia, de aventura, de revelación”.⁸ Por su parte, resulta lógico que un discurso como el científico, entre cuyas certezas de fondo se halla esa de que “no hay ciencia de lo particular”, niegue valor a todo lo que huele a anécdota.

La deslumbrante relación que Blumenberg hace sobre las maneras en que ha sido asumida la protohistórica caída de Tales y la subsecuente carcajada de su criada tracia se sustenta, precisamente, en lo que el mini-relato de marras, en su presunta insignificancia tiene de historia, aventura y revelación. Pese a que la anécdota viene a ser una suerte de rebaba de todos los discursos y remite al ámbito de lo accidental, cuando no de lo banal y hasta falso, Blumenberg apuesta por el fondo histórico y significativo que también puede poner de relieve. Desde luego, no todas las anécdotas tienen la misma importancia. Ésta sobre la que versa el libro de Blumenberg ha demostrado ser singularmente proteica y tiene a su favor la ventaja de haberse convertido en una auténtica *leyenda*, es decir, algo de “lectura obligatoria”, si se quiere acceder a un conocimiento justo y apropiado acerca de asuntos tan graves como las relaciones entre la filosofía y las vidas concretas de personas y pueblos a lo largo de los tiempos. De ese modo, Blumenberg pone en evidencia que las potencialidades heurísticas de una anécdota dependen más que nada de las artes exegéticas con que sea tratada, lo que equivale a asignarle a aquélla una dignidad epistémica equivalente a la que se le reconoce a los relatos históricos más rigurosos.

En un plano más primario, la importancia de una anécdota depende de la “recepción” de que es objeto, por parte de sus eventuales destinatarios. Por razones fáciles de entender, el concepto de “recepción” pertenece primordialmente al erario de categorías de que se vale la crítica literaria. Se trata de dar razón de un proceso de producción de sentido, en el que entran en juego un receptor y un texto o mensaje, según referencias significativas presentes en el propio texto (lo que Jakobson designó como “código”) y en su entorno, su contexto. La historia que recoge Blumenberg en su libro da cuenta de los diversos modos en que ha sido recibido —esto es, resignificado o actualizado en términos de sentido— un mensaje que, en su versión quintaesenciada, viene a expresar “la rareza del espectador nocturno del mundo y su choque con la realidad, que se refleja en la risa de la espectadora del espectador” (pp. 9-10).

⁸ Roque Barcia, *Diccionario de sinónimos*. México, Oasis, 1983, *passim*, p. 51. (Ed. facsimilar de la de 1910)

En esa curiosa situación —que bien podría asimilarse a la estructura de visiones y perspectivas que muestra *Las meninas*, de Velázquez, o *Autorretrato múltiple*, de J. O’Gorman— se cifra la protohistoria de la teoría. Dado que las bases documentales necesarias para una historia de los primeros siglos en que opera alguno de los modos de la *epistème* son sobremanera precarias, ese singular teatro de la contemplación y sus enredos a que puede reducirse la anécdota sobre Tales, desde su puesta en circulación por obra de Platón, es lo que según Blumenberg define la andadura del conocimiento teórico en el tiempo. Esto supone, por lo demás, la conversión de dicha anécdota en una fuente documental histórica de valor equiparable a un archivo o a una mina de registros doxográficos.

Al menos, eso es lo que pretende o declara pretender Blumenberg. Pero, a decir verdad, su libro termina siendo una historia del modo como se asume el papel del *theoros* (“el espectador del mundo y de las cosas”), toda vez que las modalidades con que se manifiestan sus frutos (teorías) hasta el día de hoy remiten a la mencionada estructura de visiones y puntos de mira que da forma a la anécdota en referencia. Lo que explica el hecho de que un intento de protohistoria devenga, en último término, una historia más o menos en forma está en la aleación entre análisis crítico y desbordante erudición que signa al trabajo de Blumenberg. Erudición, en el sentido positivo de la palabra: como dominio profundo de una amplia gama de sistemas teóricos (filosóficos y científicos) y como familiaridad total con la cultura humanística. Así, los recursos y virtudes intelectuales con que cuenta le permiten a Blumenberg arrinconar los relatos con que se ha forjado la gran historia de la filosofía y de la ciencia, a partir de iniciativas como las de Aristóteles, los escolásticos o Hegel en tal sentido, para mostrar el decurso irregular de un referente histórico de baja intensidad e irrelevante en apariencia, como el atribulado desfiguro de Tales. Pero, con su proceder, Blumenberg no sólo toma distancia ante las historias de la teoría de talante sistemático, sino también frente a opciones como la “genealogía” cultivada por Foucault, siguiendo el magisterio de Nietzsche. Sin duda, la protohistoria intentada por Blumenberg se distingue claramente de las excavaciones foucaultianas sobre la “voluntad de saber” y, puestos a buscarle filiaciones, se antoja por ejemplo más afín —aunque nunca idéntica— al tipo de actividad desplegada por Lessing, a la hora de componer su *Laocoon*. Más que una “filología” al estilo nietzscheano o una micro-historiografía como la que expone *Vigilar y castigar*, lo que hace Blumenberg parece adscribirse mejor a la etnografía como sustento de una historia de la recepción de ciertas tesis, ideas, creencias o leyendas.

Un conocimiento inmenso y preciso de filosofemas, autores, obras literarias y filosóficas, hechos históricos, personajes, mitos, leyendas, etcétera, le permite a Blumenberg seguirle el rastro, con inocultable ironía, a las proteicas

y a veces sutiles manifestaciones de la anécdota sobre Tales, lo mismo en un arduo pasaje heideggeriano que en un remoto texto dictado por Alfonso X el Sabio, igual en unos apuntes del joven Nietzsche o en unas páginas de *Genealogía de la moral* que en un relato de Alexander von Humboldt sobre una expedición a los Urales, Altai y el mar Caspio, en 1829. En verdad, la nómina de pensadores y autores que convocan el agudo escrutinio de Blumenberg no puede ser más amplia e incluye desde Platón a Gadamer, pasando por Aristóteles, Cicerón, Agustín de Hipona, Montaigne, Bacon, Copérnico, Newton, Leibniz, Voltaire, Rousseau, Kant, Feuerbach, Husserl y muchos otros. Por lo demás, un recorrido tan extenso e intenso por toda esa geografía de los “lugares teóricos” en los que han florecido los más diversos retoños de la anécdota sobre el primer filósofo milesio pone al descubierto la pervivencia de un conflicto no superado —y acaso insuperable— entre la teoría y el mundo de la vida. En lugares y en momentos muy distantes y diferentes se evidencia, según Blumenberg, “la posición excéntrica del teórico” (p. 165).

Así como en su libro sobre la génesis de la visión copernicana del mundo, Blumenberg destaca la desazón del hombre moderno que constata la absoluta independencia e indiferencia del cosmos con respecto a él, en *La risa de la muchacha tracia* llama la atención sobre el desdén, el escepticismo burlón y aun la hostilidad con que los espíritus pragmáticos y, en general, el común de los mortales asumen el trabajo teórico. La risotada de la sirvienta de Tales vendría a ser el epítome de lo que Paul de Man había denunciado como “resistencia a la teoría”.⁹

Desde luego, ese hecho nunca ha bastado para arredrar a los filósofos. Al contrario, como lo demuestra la historia de la recepción de la anécdota sobre el milesio, éstos han podido revertirla en un símbolo de la victoria de un saber que se sabe “inútil” —la teoría—, sobre las pretensiones miopes de todo pragmatismo. El Heidegger que forja discursos como *La pregunta por la cosa* vendría a ser el más logrado exponente de esa singular operación (p. 193). Una maniobra en la que alcanza su culminación la protohistoria de la teoría. Más allá de lo cual sólo cabría pensar en una recepción de la recepción de la anécdota sobre Tales; un juego de espejos al que —siempre según Blumenberg, bastante oscuro en este punto— se presta la “moderna técnica de la interdisciplinariedad”, no sin delatar cierta dosis de masoquismo. Pues, a estas alturas de la historia de la teoría, nadie desde ninguna disciplina puede hacer la primera burla sin que ella sea una burla también para sí mismo. Es decir, a cada carcajada contra determinada disciplina le puede seguir perfectamente una carcajada de la víctima, en sentido contrario.

⁹ Cf. Paul de Man, *La resistencia a la teoría*. Trad. de Elena Elorriaga y Oriol Francés. Madrid, Visor, 1990. (Literatura y Debate Crítico)

A fin de cuentas, habrá que agradecer a la criada tracia la inocente espontaneidad con que deja estallar el “espasmo expresivo” de que hablaba Colli. Después de todo, no es mala razón decir, como dice el gran editor de Nietzsche (junto con M. Montinari), que a los filósofos sólo nos queda la risa. Una risa salutífera que debemos tomar como invitación a la humildad, si queremos que la filosofía no desaparezca de la faz de la nueva civilización que parece estar gestándose. Una risa que, si bien se ve, tiende un puente entre la filosofía y la vida. Es un mérito enorme de Blumenberg haber reparado en la importancia decisiva de esa risa para el porvenir de la filosofía; pues, como queda dicho en las últimas líneas de su libro, “el final de la filosofía se anuncia precisamente por el modo en que ella misma quiere ver tratado su comienzo”.